



## **LAS AVENTURAS DE DAHUNI**

Texto: Gregorio Medina  
Ilustraciones: Javier del Barrio

## TIERRA

Había una vez un país, al que un día llegó Dahuni en globo, en su afán por conocer el mundo. Iba escaso de equipaje, pero lleno de grandes ilusiones.

En estas tierras heladas del norte, vivían dos tipos de personas: unas pequeñas que se llamaban enuis, y otras gigantes, que se llamaban gunis.

Mientras las primeras eran pacíficas y alegres, las segundas eran violentas, les gustaban las peleas y su máxima diversión consistía en cazar a los enuis para meterlos en la marmita, cocinarlos y comérselos.

Pero por suerte para ellos, los enuis eran mucho más listos y veloces, y rara vez caían en manos de los gunis, aunque cuando esto sucedía, empleaban su astucia para salir indemnes y regresar a casa sanos y salvos.

Un día, un cazador enui regresaba a casa después de un provechoso día de caza. De pronto, se dio cuenta de que lo observaba un gigante. Consciente de que si resultaba atrapado se convertiría en su cena, soltó el caribú que había cazado y huyó tan rápido como se lo permitían sus piernas. Era mejor tener el estómago vacío que acabar en la panza del guni.



Desde una loma no lejana, Dahuni observaba como el gigante perseguía al enui y como sus pesadas y enormes zancadas golpeaban el suelo y lo hacían retumbar. Otro gigante que estaba por los alrededores quiso saber que pasaba y al ver que otro guni corría tras un enui se unió a la persecución.

- Soy ágil y veloz –se dijo mientras se detenía-, pero es imposible escapar a la persecución de dos gunis y encarándose a los gigantes preguntó: ¿Por qué me perseguís?

- Para meterte en la marmita y comerte,- contestaron los gigantes.

- Solo soy un hombre enclenque con poca carne – dijo el enui mirándolos aterrado.

- ¿Qué quieres decir? –quiso saber el primer gigante que no se daba cuenta de que quería confundirlos para ganar tiempo.

Mientras tanto, Dahuni, que se había acercado hasta ese lugar, quiso mediar entre ambas partes.

- Os he observado y quisiera que pudierais llegar a un acuerdo razonable.

- ¿Y este quién es? -preguntó uno de los gigantes.

- Soy Dahuni y vengo desde muy lejos.

- ¿Y qué quieres?

- Los dos os queréis comer al enui, ¿cierto?

- Sí... sí.

- Si ambos queréis comeros al enui, ¿por qué no peleáis para decidir quién de vosotros se come al enui?

Los dos gigantes se miraron perplejos.

- Yo lo vi primero –dijo el primer gigante.

- Pero estaba a punto de escaparse –afirmó el segundo.

Como no paraban de discutir, el enui reclamó su atención colocándose entre ellos.

- Tenéis razón los dos. Por eso creo que lo mejor es que luchéis para decidir cuál de vosotros se queda

conmigo. Yo mismo saltaré a la marmita del vencedor.

Entonces comenzó una lucha terrible entre los dos gigantes. Duró varios días y varias noches. Y con tanta fuerza, que cada vez que uno de ellos caía al suelo, su golpe iba moldeando la tierra.

Al final, cayeron agotados y se quedaron completamente dormidos.

El enui, viendo que no le molestarían más, recogió al caribú y se dirigió a su casa para alimentar a su familia.

Dahuni observó los valles, colinas y montañas, vestigio de la tremenda lucha de los dos gigantes.

## AIRE

Desde las heladas tierras del norte, llega Dahuni en hidroavión a lugares donde predominan los bosques y los ríos. Junto a estos, se asientan tribus que viven de la caza y de la pesca. También cultivan sus huertos. En una de estas tribus había un joven indio que poseía tres flechas mágicas; una era verde, otra roja y la tercera negra. Cuando salía a cazar, utilizaba unas veces la flecha verde y otras la roja, y las recuperaba después de haber alcanzado el blanco.

Un día, mientras el joven indio dormía profundamente, se le acercaron dos grandes pájaros de vivos colores y se lo llevaron volando al país que se encontraba al oeste de las grandes llanuras. Al despertarse, vio que se encontraba en la cima de una alta montaña, un lugar desconocido y rodeado de paredes rocosas y grandes precipicios.

Se acercaban nubes de tormenta y cuando el trueno retumbó toda la montaña empezó a temblar.

Desde el valle, Dahuni atendía a lo que un nativo le contaba sobre la vida de aquellos pájaros en las cumbres.

En ese momento, otro gran pájaro se posó encima de una roca y dirigiéndose al joven indio le dijo:

- No temas. Soy el guía de los pájaros de vivos colores. Sabemos que eres un gran cazador y que posees unas flechas mágicas. Ayúdanos a luchar contra el monstruo del aire.

El joven indio conocía la historia de los pájaros de vivos colores y su lucha contra el monstruo del aire. Así pues, prestó mucha atención a las palabras del pájaro.



- Como ya sabes –prosiguió el ave-, vivimos en las cumbres de estas montañas desde tiempos remotos.

Todos los años, el monstruo del aire surge de entre las nubes que veis allá arriba, se posa en la cima de la montaña, observa, y se dirige a los nidos para devorar a nuestros polluelos. Intentamos relámpagos y truenos con nuestros ojos y nuestras garras, pero no surten ningún efecto contra él, porque su cuerpo está cubierto de plumas escamosas.

- ¿Y qué queréis que haga yo?

- Si nos ayudáis, seréis hermano de todos los pájaros de la tierra.

- Quiero ayudaros, pero ¿cómo?

Con el extremo de un ala extendida mostró a sus polluelos, que se movían en el nido.

- Cuando empiecen a salirles las plumas, el monstruo del aire vendrá a devorarlos.

El joven indio buscó unos granos de maíz de su bolsa y los echó a los hambrientos polluelos.

Pasaron unos días y el cuerpo de los polluelos empezó a cubrirse de plumas. El joven indio se percató de que el monstruo del aire no tardaría en llegar.

Un amanecer en que soplaba un fuerte viento y una espesa niebla cubría toda la montaña, de entre las nubes surgió una colosal cabeza redonda de ojos brillantes y un pico enorme curvado hacia abajo. Su visión resultaba horrible.

El monstruo se posó en un saliente de la montaña. Los pájaros de vivos colores se pusieron en guardia

erizando sus plumas para intentar intimidar al intruso. En ese momento, el joven indio tensó su arco. Cuando el monstruo abrió sus fauces para devorar un polluelo, apuntó a la garganta y lanzó la flecha negra que alcanzó su objetivo convertida en un abeto con todas sus púas erizadas. El cuerpo del monstruo del aire rodó ladera abajo, rebotando contra las rocas, para sumergirse en el río y no aparecer jamás. Bandadas de pájaros multicolores llegaron procedentes de todos los rincones de la tierra.

- Agradecemos tu ayuda –dijo el guía de los pájaros de vivos colores dirigiéndose el joven. – De ahora en adelante, los pájaros te protegerán de cualquier peligro. ¿Qué quieres hacer ahora?

- Dejadme al pie de la montaña, -pidió el joven, después de colocar las flechas en su carcaj.

Desde entonces, el joven indio recorre el mundo para enfrentarse a los monstruos y a los espíritus malignos con sus tres flechas: verde, roja y negra. Así, los indios de su tribu pueden dormir tranquilos.



## FUEGO

Dahuni ha llegado por tren a un país donde los volcanes siempre han estado presentes en la vida de sus habitantes. Le cuentan que existen unos perros, a los que llaman candelos, que disponen de poderes mágicos. Se parecen a los lobos, pero no son lobos. Tienen el garbo de los venados, pero no son venados. Se alimentan de las semillitas que producen las campánulas, esas lindas flores que cubren los volcanes y que parecen campanitas.

La gente que vive en las faldas de los volcanes quieren mucho a los candelos. Dicen que son tataranietos de los volcanes y que siempre les han protegido de cualquier peligro. Cuando viajan de un pueblo a otro, siempre hay un candelo que les acompaña. Si un niño está por pisar una culebra o caerse en un agujero, el candelo se convierte en un soplido de viento que lo desvía del mal paso.

Pero no todos quieren a los candelos. A don Cornelio y sus siete hermanos, que eran dueños de la tierra de los volcanes, no les gustan los candelos para nada. - Los candelos hechizan a la gente y la hacen perezosa.-dijo un día don Cornelio a sus hermanos. Y los siete estuvieron de acuerdo: -Es cierto, la gente ya no quiere trabajar duro para nosotros. Quieren comer cuando tienen hambre, quieren beber cuando tienen sed. Quieren descansar bajo la sombra de un árbol

cuando el sol aprieta. ¡Y todo eso por culpa de los candelos!



Ante tal situación, don Cornelio y sus hermanos llamaron a los soldados de plomo y les mandaron hacia los volcanes a cazar candelos. Los soldados se pusieron en camino con sus tiendas de campaña, sus cantimploras y sus relucientes armas. -Vamos a ser los soldados de plomo más bellos y más respetados del mundo -se dijeron.

Los soldados de plomo marcharon hacia el volcán Tecapán, que es mujer y viste un espléndido ropaje de agua y un sombrero de nubes. Junto a ella, Cacharín, un hermoso volcán que lleva siempre su sombrero blanco de humo caliente.

–Cazaremos a los candelos mientras duermen, - dijeron los soldados de plomo. –Así no correremos ningún riesgo.

Pero no sabían que los candelos visten un traje de luz de día y de aire que los hace transparentes. Los soldados de plomo buscan y buscan a los candelos, pero no encuentran a ninguno.

Los soldados de plomo se ponen furibundos y comienzan a pisotear las campánulas y aplastar sus semillas. –Ahora los candelos no tendrán que comer – se dijeron.

Los candelos nunca habían corrido tanto peligro.

Así es que buscaron la ayuda de sus tatarabuelos. Toda la noche intentaron hablar con ellos. Por fin, les escucharon: -y dicen ustedes que son soldados de plomo.

-¿Su corazón y cerebro son de plomo también?

-Sí, -respondieron los candelos. – ¡Hasta sus pies están hechos de plomo!

- Entonces, ¡ya está! –dijo Tecapán-

Y Tecapán dijo a Cacharín: -Mira, como yo tengo vestido de agua y tú tienes sombrero de fumarolas, solo tienes que abanicarte con el sombrero por todo el cuerpo hasta que se caliente la tierra y entonces yo comienzo a sacudirme mí vestido de agua.

- ¿Y eso que daño les puede hacer? – preguntaron los candelos.

- Bueno, probemos y ya veremos.

A la mañana siguiente, cuando los soldados de plomo se pusieron en marcha, Cacharín se quitó su sombrero de fumarola y empezó a abanicarse sobre todo su cuerpo, hasta que ni él mismo podía aguantar el calor. Al principio los soldados sentían solo una picazón, pero al ratito, los pies se les comenzaron a derretir. Entonces Tecapán sacudió su vestido de agua y empezó a remojarles. Los pies de los soldados de plomo hervían como cuando se echa agua en una plancha caliente.

Los soldados de plomo se sentían muy mal. Ni siquiera podían sentarse a descansar, pues las piedras estaban tan calientes que se quemaban el trasero. Así, los soldados de plomo comprendieron que no era posible derrotar a los candelos, ni pisotear las campánulas y, en fin, ni subir a los volcanes para hacer el mal. Sabiendo que tenían esa debilidad, pensaron que lo mejor sería cambiar de oficio.

Desde entonces, hay paz en la tierra de los volcanes. Don Cornelio y sus hermanos huyeron a otras tierras, mientras que los candelos y la gente de los volcanes celebraron una gran fiesta a la que fue invitado Dahuni.

## AGUA

Dahuni inicia el regreso a su ciudad, a su casa, embarcándose en el Atlantis, un barco de vapor algo antiguo pero muy fiable, que ha surcado estos mares en muchas ocasiones.

Instalado en un confortable camarote, Dahuni añora su regreso, pero algo le inquieta. Tiene como vecino en el camarote de al lado a Pierre Denís, habitual pasajero de esta ruta, como agente del Instituto Oceanográfico francés, con el que pronto entabla amistad.

Durante la noche, Dahuni sale a cubierta para dar un paseo y en medio de la oscuridad, y solo reflejado por la luna, cree ver en el agua algo de grandes dimensiones que se mueve despacio pero que no acierta a determinar que puede ser.

A la mañana siguiente no sabe muy bien como comentárselo a Pierre. El viento que sopla sobre cubierta trae aromas marinos que avivan su pipa.

- ¿Cuánto tiempo hace que cruzas estos mares?
- Mucho. He vivido terribles tormentas en momentos en que no se las esperaba.
- Pero ¿no teníais noticias de los servicios de navegación?



- Solo en parte. El cambio climático puede echar por tierra cualquier previsión.
- ¿Eso cómo es posible?
- Tiene mucho que ver con el deshielo de los polos.

Avanza la tarde y el sol de poniente se acerca al final de su periplo diario.



- ¿Has visto en alguno de tus viajes algo que te llamara de manera especial la atención? - le pregunta Dahuni a Pierre.
- Si. Una noche de luna como esta, tuve la sensación de ver una criatura emerger de las aguas, girar varias

veces su enorme cabeza, como si buscara algo, para desaparecer después.

- ¿Tú crees que puedan existir monstruos marinos?
- Con absoluta certeza, no. Pero si sé de varios naufragios de barcos en circunstancias muy extrañas.

Dahuni acaba de apagar la luz de su camarote y se dispone a dormir. No han transcurrido ni diez minutos cuando una especie de terremoto marino sacude el barco. Dahuni sale rápidamente de su camarote y sube a cubierta a donde llegan alarmados otros pasajeros, algunos, incluso en pijama. El capitán del barco les pide calma.

Tras varios minutos de confusión, el pasaje espera recibir alguna información sobre lo acontecido, envueltos en mantas para paliar el frío de la noche.

Pierre se acerca a Dahuni.

- Parece ser que un pulpo gigante ha sido la causa. Sus enormes tentáculos se han enredado en la hélice del vapor, paralizándola.
- ¿Cómo es posible? -Inquiere Dahuni.
- A diferencia del calamar, el pulpo es de cuidado. Los calamares cuando se sienten en peligro, expulsan una tinta que oscurece el agua, lo que les permite darse a la fuga. En cambio el pulpo es más agresivo y ataca con sus tentáculos.
- ¿Y cuanto pueden llegar a medir?

- Un pulpo gigante puede llegar a medir más de diez metros. Con sus enormes tentáculos puede arrastrar a un barco hasta el fondo del mar.

Pasadas unas horas, y cuando ya empieza a clarear, la situación parece normalizarse. Los motores del barco funcionan de nuevo y una enorme sombra se aleja hacia las profundidades con algún tentáculo de menos.

Pierre y Dahuni se felicitan por el desenlace de esta aventura y prometen escribirse para contarse lo que les ocurra de ahora en adelante.

Cuando empieza a atardecer, en el horizonte parpadea de forma intermitente una luz, que les indica que se están aproximando a su destino.